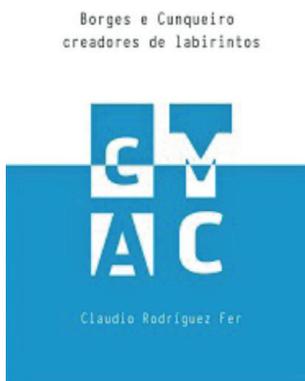


BORGES Y CUNQUEIRO, CREADORES DE LABERINTOS

Claudio RODRÍGUEZ FER

Borges e Cunqueiro, creadores de labirintos.
/ Borges y Cunqueiro, creadores de laberintos

Mondoñedo, Casa Museo Álvaro Cunqueiro,
Concello de Mondoñedo, 2021, 93 pp.



Borges e Cunqueiro creadores de labirintos / Borges y Cunqueiro creadores de laberintos, es el quinto volumen publicado por la Casa-Museo Álvaro Cunqueiro, abierta recientemente en el Mondoñedo natal del gran escritor gallego, dentro de su colección Selva de Esmelle, dirigida por el crítico literario Armando Requeixo. La autoría corresponde a otro lucense de excepción, Claudio Rodríguez Fer, quien además de poeta, narrador e hispanista es un estudioso de la obra del mindoniense, a la que ha dedicado importantes ensayos como “A poesía galega de Álvaro Cunqueiro” y, a su vez, un buen conocedor de la figura de Borges, tal y como demostró en su obra *Borges y todo (Escepticismo y otros laberintos)*, publicada por Del Centro Editores, en la cual dedicó especial atención a la relación del argentino con la cultura gallega y con otro de sus grandes escritores, el poeta ourensano José Ángel Valente.

El hecho de que Rodríguez Fer tenga desde joven especial preferencia por el estudio de autores universales que, como Borges o Cunqueiro, son capaces de establecer a través de sus obras “un diálogo con materias y culturas de todas las épocas y de todos los continentes”, ha permitido que hoy vea la luz este ensayo, fruto de más de 40 años de lecturas y anotaciones, en los que Rodríguez Fer ha buscado la presencia de Borges en la polifacética y prolífica obra de Cunqueiro, algo que escritores y críticos han puesto siempre de manifiesto pero aspecto al que todavía no se había dedicado ninguna monografía.

Estructuralmente, el libro se divide en siete capítulos a través de los cuales se suceden diversos puntos de confluencia entre los autores a tratar. El primero, titulado “De Borges a Cunqueiro pasando por Alfonso Reyes”, comienza resaltando la alta consideración que Cunqueiro tenía por Borges, a quien en 1969 llegó a calificar como “el mayor escritor de la lengua castellana en este momento”. Diez años antes, ese primer puesto en la clasificación de sus filias literarias lo ocupaba el mexicano Alfonso Reyes, aunque bien seguido por el argentino quien, a su vez, también consideraba a Reyes como “el mejor prosista del idioma español de cualquier época” (p. 14). De este modo ambos autores se reconocerían como bebedores de una misma fuente literaria.

A esta primera coincidencia entre Borges y Cunqueiro se van sumando otras como su temprana atracción por el judaísmo. Este interés común, más desmenuzado en el capítulo “Del pueblo gallego al pueblo judío”, se aviva especialmente en el caso del Golem, ese ser animado de la mitología judía creado a partir de materia inerte al que Borges dedicó, según Cunqueiro “uno de sus más hermosos, profundos, lúcidos, estremecedores poemas” (p. 18). Dicho poema, que Cunqueiro escuchaba en disco recitado por su propio autor, es citado en varios de sus artículos, en los cuales da muestras el gallego de estar enormemente familiarizado con la obra de Borges. En ellos pone en diálogo su propia visión del Golem con la del argentino, de tal manera que no solo nos deja ver las concordancias entre ellas sino también unas divergencias que quizás podríamos extrapolar a su literatura: “A diferencia de como vexo eu o Golem e como o ve Borges é enorme. O de Borges é un poema case filosófico [...] O meu non. Era un Golem que se humanizaba e, ó final, estaba moi tranquilo porque vía sorrir ás mulleres. En fin, é outra cousa. É outro mundo” (p. 19).

“La zoología fantástica de los seres imaginarios” centra nuestra atención en la que se revela como “la materia borgesiana por la que más explícitamente se sintió fascinado Cunqueiro” (p. 24). Así pues, el *Manual de zoología fantástica*, que Borges publicó en 1957 en colaboración con Margarita Guerrero, entusiasmó de tal manera al gallego que no solo se encargó de reseñarlo y de citarlo en múltiples ocasiones, sino que dicha lectura estimuló su fantasía creadora de tal modo que, como él mismo explicó, “vengo añadiendo en el ejemplar que poseo animales fantásticos que Borges no cita y ampliando noticias de otros de los que el argentino describe” (p. 26). Según nos indica Rodríguez Fer, completar ese manual fue algo que también hicieron escritores como Julio Cortázar y Aurora Bernárdez o el poeta ourensano José Ángel Valente. Sin embargo, en el caso de Cunqueiro el impacto de esta obra fue tan grande que acabó motivando la aparición de una maravillosa y abundante “fauna mágica” de creación propia que caracterizaría su obra y que describe, especialmente, en *Escola de menciñeiros*, publicada en 1960, y en su bestiario de temática acuática “Diccionario manual de bestias marinas”.

Bajo el epígrafe “De la épica medieval a los objetos y seres mágicos” se señalan las literaturas nórdicas y la tradición fantástica como otro polo de atracción primordial para Borges y también para Cunqueiro, quien en diversos artículos se refiere al libro *Antiguas literaturas germánicas* del primero como una valiosa fuente de consulta y de conocimiento. En este punto Rodríguez Fer nos muestra, asimismo, las coincidencias en cuanto al uso de procedimientos empleados por ambos autores en su narrativa como el protagonismo de objetos fantásticos, la magia multiplicadora de los espejos, los personajes con facultades sobrenaturales o los animales humanizados.

Otros recursos narrativos empleados por nuestros autores son citados en “Invención de erudiciones y de vidas apócrifas”. Entre ellos destaca la tendencia a lo que el mismo Cunqueiro llamó “invención de erudiciones”, técnica en la que dijo ser “muy fiel” a Borges y que empleó con frecuencia para dar satisfacción a su imaginación y más brillo a su estilo. Además, tanto la *Vida y fugas de Fanto Fantini* del gallego como los cuentos recogidos en la *Historia universal de la infamia* del argentino son deudores de Marcel Schwob y de su método de combinar personajes reales con hechos imaginarios.

La penúltima sección se sitúa “Entre las similitudes y las diferencias” para reafirmar las coincidencias, que el propio Cunqueiro reconoció abiertamente, pero también para señalar las divergencias, pues, como bien recuerda Rodríguez Fer, “Cunqueiro ya era Cunqueiro cuando comenzó a leer a Borges” (p. 45). Y es que, si bien es cierto que el gallego se identificó fuertemente con el argentino,

como así lo muestra en su respuesta: “En América sería Borges. En Europa sería Andersen. En España dirige un periódico para vivir” (p. 44); también es cierto que, quizás por miedo a que se le considerase como un mero trasunto gallego de Borges, Cunqueiro se encargó muy bien de remarcar las diferencias: “En cuanto a Borges, lo he conocido demasiado tarde, aunque, efectivamente, hay algunas conexiones entre su obra y las mías. Ahora bien, él presenta un mundo de ciencia-ficción, laberintos matemáticos, etcétera, que yo no utilizo» (p. 46). De hecho, el gallego decía sentirse más próximo a lo real maravilloso y al barroquismo estilístico de Alejo Carpentier, si bien el autor de este ensayo concluye que el cubano no tuvo para Cunqueiro el gran carácter inspirador que supuso para él la obra de Borges.

Volviendo a situarnos en la visión armónica entre ambos, este ensayo no podía acabar de otro modo que con “El laberinto de los laberintos de Borges y Cunqueiro”, y con su lectura del laberinto no como algo caótico y terrorífico, al modo de Kafka, sino como un símbolo asociado a la feliz perplejidad ante lo inaprensible, ante lo desconocido que se intuye maravilloso.

Queda solo destacar el cuidadoso diseño de esta edición, bilingüe en gallego y castellano, que intercala fotografías de los autores estudiados y de algunas publicaciones de interés gráfico, así como varios espléndidos, y desconocidos para el público general, dibujos de Cunqueiro y dos maravillosas ilustraciones que el argentino Francisco Sosa dedicó a su paisano. Y también queda agradecer a Claudio Rodríguez Fer el acercarnos a estas dos figuras esenciales de nuestra literatura a través de una visión poética en las confluencias, siempre inherente a su escritura.

Decía Borges que después de leer a autores admirados se puede acabar considerándolos nuestros amigos. Así debió pasarle a Cunqueiro, que ficcionó en uno de sus artículos una conversación sobre literatura con Borges, a quien nunca conoció en persona, pero con el que estaba familiarizado gracias a sus libros. Y decía Cunqueiro que muy posiblemente el primer animal volador fuera inventado antes de que existiese de verdad, lo cual puede aplicarse a muchas otras realidades. Ambos tenían razón. La conversación que Cunqueiro imaginó existe hoy gracias a este libro y, además, después de leerlo hemos hecho amistad con Borges, con Cunqueiro y con Rodríguez Fer.

Cristina FIAÑO
cristinafiano@gmail.com